

Biblioteca Ilusión  
Publicación Semanal  
Núm. 48 25 cts.



LUCHA DE JUVENTUD  
por WILLIAM FAIRBANKS

Biblioteca Ilusión

FIGHTING YOUTH

1925

# Lucha de juventud

Versión literaria de la película del mismo  
título interpretada por el simpático artista

WILLIAM FAIRBANKS

por  
Antonio Guasch

■

Exclusiva

CINEMATOGRÁFICA VERDAGUER  
Consejo de Ciento, 290 : BARCELONA

○

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
PARÍS, 204 : BARCELONA

# Ensayo de juventud

Ensayo de juventud

ALFONSO FERRANZ

Editorial  
ALFONSO FERRANZ

EDICIONES ALFONSO FERRANZ  
ALFONSO FERRANZ, S. A. (S. A. D. S. A.)

Tipografía La Académica  
Herederos de Serra y Russell  
Calle Enrique Granados, 118  
Teléfono G-104 : Barcelona

## LUCHA DE JUVENTUD

### I

En la suntuosa mansión del juez Manley todo respira la exquisita elegancia que denota la alta categoría social de sus moradores. Es que en aquella casa existe una jovencita que dotada del gusto artístico innato ha procedido a su decoración, demostrando que es una digna continuadora de las ricas herederas Manley, que siempre se han distinguido por el delicado acierto en adornar la casa.

En el momento en que la presentamos a nuestros lectores se halla departiendo en forma no muy conciliadora con su padre, de aspecto severo y mantenedor de la austera disciplina del hogar y del prestigio de la familia. Discutiendo padre e hija, casi que ya podríamos suponer el motivo. De vestidos no puede ser la discusión. Por lo que respecta a Juanita tiene carta blanca para adquirir los que le vengan en gana. Pues entonces forzosamente se tratará de amores... Oigámosles.

Pero antes precisan unos antecedentes. Se hallan también en la estancia, además del padre y de Juanita, dos hombres más. Uno es

Harold Brently, asociado del juez Manley en unas explotaciones agrícolas de las que él no puede cuidar personalmente, y Benjamín, hermano menor de Juanita, que aun cuando con el tiempo será un gran abogado, por ahora se contenta con el título de hermanito de Juanita, que no es ésta poca gloria que digamos.

Harold Brently aspira a poseer el corazón y la fortuna de Juanita, y de ahí que no perdona momento de atacar al novio de la joven. El novio de Juanita es un simpático muchacho, muy deportivo y forzudo, llamado Dick Covington, del que precisamente se ocupan en aquellos momentos padre e hija.

Y vamos a prestar oídos a la plática familiar.

— Mira, hija mía, acabo de enterarme por un diario que me ha facilitado Harold, mi socio, de que este jovencito Dick que te tiene sorbido el seso, está dispuesto a tomar parte en un match de boxeo, y no puedes figurarte lo que ésto me disgusta. Ya supondrás que no entregaré mi hija a un boxeador...

— Peio, papá, esto no puede ser cierto; si precisamente me ha prometido no volverse a poner los guantes, como no sean los de etiqueta o paseo...

— Entonces, si es formal su promesa, ya hablaremos. Pero lo dudo, porque conozco a la juventud, y cuando una manía arraiga en su cerebro no se la arranca ni un tractor Fordson.

En este momento intervino en la discusión Benjamín, el saladísimo hermano de Juanita, que a pesar de su corta edad, pues tendría unos 17 años escasos, ya se sentía capaz de emitir su opinión en presencia de su padre.

— ¿Y por qué no ha de casarse contigo? ¿Acaso el boxeo no es el noble arte de defenderse y uno de los deportes más viriles?

— Ya sabes, Benjamín, que papá es de la vieja escuela, y en su época los deportes eran a lo máximo espectáculos de circo, y no entra en manera alguna por las costumbres modernas, que califica de gansadas o locuras.

— Pues has de saber, hermanita, que Dick me es muy simpático, y de todos tus pretendientes el único que a mi juicio te conviene y merece tu aprecio.

— Sí, Benjamín; pero como tú habrás comprendido, aquí de lo que se trata es de que este cursi y ridículo de Harold quiere casarse conmigo y trata de imbuir a papá de que nadie me hará tan feliz como él.

— Hemos de demostrarle lo contrario, y cuenta conmigo para hacerle a este intruso una guerra a muerte.

Al mismo tiempo que los hermanos se ponían de acuerdo para su plan defensivo y ofensivo, Harold trataba nuevamente de influir en el ánimo de Manley.

— No comprendo como su hija, de gustos tan distinguidos, piensa siquiera en casarse con un hombre tan rudo como un boxeador,

aunque solamente sea un aficionado, pues no ignorará usted la clase de gente con quien debe rozarse para sus entrenamientos.

— En esto tiene usted razón, amigo Harold, pero la juventud de hoy marcha por senderos nuevos.

— Sin embargo, yo cuento con usted para hacerle comprender a Juanita que yo soy el esposo ideal que ella precisa para que su vida sea una senda de flores.

— Comprendo sus palabras, amigo Harold, pero a pesar de que usted es mi socio en los negocios y amigo mío de toda la vida, casi he de participarle que si bien haré a mi hija las observaciones que me parezcan prudentes, me guardaré mucho de obligarla a que se case con una persona determinada.

— Pero ¿y nuestra conexión en los negocios y los planes de unir los capitales y el dote de su hija para una empresa gigantesca?

— Esto nada significa si para ello he de forzar la voluntad de mi hija.

— Espero que en bien de ella rectifique usted su opinión, amigo Manley.

Y no creyendo oportuno insistir nuevamente, Harold tomó el prudente partido de desaparecer.

Al mismo tiempo Juanita se preparaba para salir. Tenía grandes deseos de entrevistarse con Dick para tratar de hacerle desistir de aquel anunciado match de exhibición. Mandó preparar su auto y a los pocos mo-

mentos se hallaba ya en el gimnasio convertido en lugar de entrenamiento.

## II

En aquel centro de cultura física se hallaba Dick Covington ejercitando sus músculos de acero con la tenacidad del que está forjando las armas que deben facilitarle la victoria. Estaba bello e imponente con los brazos y piernas al descubierto, luciendo la angulosidad de su musculatura de titán.

Al ver a Juanita, Dick dejó la pesa con que ejercitaba su brazo y corrió al encuentro de la amada.

— Hola, encanto, carita triste tienes. ¿Qué es lo que pasa, ilusión?

— Déjate de galanterías y fíjate en lo que dice este periódico.

— Ya lo sé de sobra, que voy a ser el «as» de crochet de izquierda.

— Déjate de nombres técnicos y dime si es que estás dispuesto a que yo sufra la humillación de verte sobre un tablado dándote de cóscorones con otro hombre para divertir al público que paga su entrada.

— ¿También tú estás contra el profesionalismo?

— No te creas, Dick, que dejóyo de tener mis ideas sobre los deportes.

— Habla, habla, Juanita, que aun cuando

no quieras rindes culto a la actualidad mundial hablando de deportes.

— Estoy al corriente y te repito que odio al profesionalismo, y por lo tanto no puedo ver con buenos ojos que tú te dediques a profesional para que la gente me diga que mi novio, por ganar unos dólares, aunque sean a miles, se deja hinchar las narices o se las hincha al adversario.

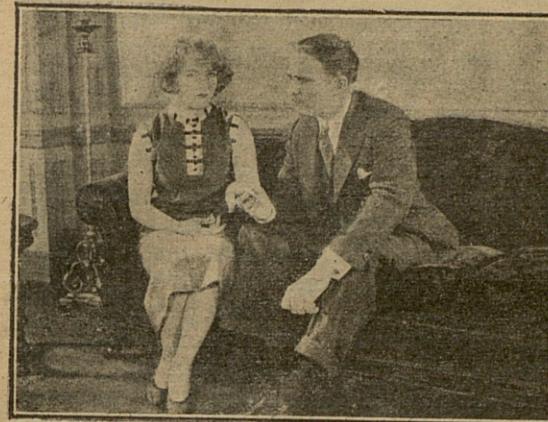
— Bravo, Juanita; estás muy doctrinaria.

— Bien sabes que soy una entusiasta del deporte y que lo practico. Sé nadar, tennis, montar a caballo, y el golf es mi predilección. Pero tengo del deporte el concepto de que debe ser una cosa exclusivamente individual con fines higiénicos y puramente deportivos, sin convertirlo en un espectáculo donde muchos de los asistentes son solamente aficionados a ver como el prójimo corre peligros... que ellos contemplan desde su asiento.

— Tal vez tengas razón, pero tengo yo también dada mi palabra de que tomaré parte en ese match y no puedo retirarme sin que me tachen de cobarde, y creo que esto a ti tampoco te gustaría. Además, el boxear es una forma agradable de conservar la fuerza y la agilidad, patrimonio del hombre sano.

— En cierto modo, Dick, tienes razón. Yo no quisiera fiar mi felicidad a un hombre que no supiera defenderme a puñetazo limpio.

— ¿Entonces a qué has venido tan enfadada?



*Harold aspiraba a la mano de Juanita*

— A decirte que papá se opone a nuestras relaciones si sigues boxeando, y que yo he de cominarte a que dejes de exhibirte en calzoncillos, aun cuando sean deportivos... porque de lo contrario se han terminado nuestras relaciones.

— Veo que estás muy enérgica y decidida. Pues bien, Juanita Manley, yo, Dick Covington, te promete formalmente no volver a boxear.

— Pues bien, vamos a celebrarlo dándonos una comida de honor en el restaurant Montmartre, aun cuando después me riña mi padre.

— Acordado. Esta noche en el restaurant Montmartre.

Y los dos novios se despidieron con la más entusiasta de las sonrisas y el más prometedor apretón de manos.

A las dos horas y usando de la libertad de que disfrutan las jovencitas americanas se encontraban de nuevo Dick y Juanita en el restaurant Montmartre, lugar de reunión de la juventud algo alocada de nuestros días.

Allí les esperaba algo más que una cena opípara y conciliadora.

Harold Brently no se daba por vencido, y sabedor de que Dick había prometido a Juanita no volver a boxear prepara una trampa para obligarle a que faltara a su promesa. Al efecto había alquilado a un valiente profesional para que armara camorra a Dick con cualquier pretexto más o menos provocado.

Harold se hallaba también en una mesa no distante de la ocupada por los dos jóvenes, y en otra más cercana a la de la encantadora pareja se había situado Bull, el matón de oficio. Como no se presentaba ocasión propicia de armar pelea, ya que Dick, como todo hombre fuerte, se portaba con la mayor corrección, Bull se dirigió hacia la mesa y fingiendo hacerlo impremeditadamente dió un empujón a Juanita.

Dick, que además de excelente boxeador era un rato largo listo, se dió cuenta de la verdadera intención del golpe. Bull tomó la palabra :

— Cuando se va con una dama debe pe-



*Usando de la libertad de que gozan las muchachas americanas...*

dirse una explicación a quien la ofende, aun cuando se sea un corbarde.

Dick acabó de ver claro la maniobra, pero le molestó la presencia de la gente y por otra parte recordaba la promesa hecha a Juanita de no volver a boxear.

— No trate usted de provocar una pelea aquí, porque le pesará.

— Así hablan todos los miedosos cuando temen por su físico.

Esta réplica de Bull acabó de exasperar a Dick, que estaba furioso al ver el medio de que se valía algún rival, aun cuando no tenía la certeza de quién podía ser el corbarde que se valía de un tercero.

Bull acabó con su paciencia al darle un empellón poniéndole la mano en el pecho y haciéndole retroceder. Pero repuesto al instante colocóse en guardia, y con un rápido swing colocó un golpe en la mandíbula de Bull que fué dando vueltas hasta desaparecer debajo de una mesa, con el consiguiente espanto de los que la ocupaban y vieron llegar aquel bólido.

Bull, que de modo elocuente había comprendido la fuerza y el arte de pegar de su adversario consideróse batido, y al ver la guardia impenetrable de su adversario, desistió de lanzarse a un segundo ataque que hubiera tenido para él funestas consecuencias.

Dick había faltado a su promesa, pero Juanita, lejos de reprenderle, le miraba fijamente, admirando el valor y la destreza del hombre que ella tanto amaba.

En tanto, en un rincón del restaurant, Harold, que había presenciado la escena que tan contrariamente a sus deseos se había desarrollado, no podía ocultar su contrariedad. Salió del restaurant y pagó a Bull la cantidad convenida, más un pequeño plus para árnica, y le dijo :

— Hemos quedado peor que un carbonero. Pero le venceremos con algo más poderoso que tus puños : mi cerebro, que va a madurar un plan que no falle tan fácilmente.

En tanto Dick y Juanita cenaban alegremente comentando lo ocurrido, y nuestro

héroe, entre las miradas de aprobación de los asistentes al *souper dansant*, exclamó irónicamente :

— ¡Qué bien se come después de haber hecho un pequeño rato de ejercicio!...

Y cambiando con Juanita una mirada de profundo amor dejaron que transcurrieran aquellas horas únicas de profundo y dulce idilio.

### III

En casa del juez Manley, bajo la presidencia de las damas más aristocráticas de Nueva York, se celebraba la reunión anual extraordinaria del Comité Benéfico de la Gota de Leche, y se trataba de recaudar fondos poniéndose a prueba el ingenio de todas las reunidas para ver de hallar el mejor medio de obtener buenos ingresos que permitieran continuar el funcionamiento de la caritativa Asociación.

Se trataba de un partido de polo entre los equipos de Nueva York y Buenos Aires, de un festival atlético ejecutado por los niños de las escuelas nacionales, de concursos de natación ; en fin, de todo cuanto puede atraer al público. De pronto uno de los reunidos dijo :

— Yo tengo la clave para obtener una recaudación que supere a todas las suposiciones más halagüeñas. Celebremos una ve-

lada de boxeo en la que los púgiles sean jóvenes aficionados de nuestra buena sociedad, y entre ellos este entusiasta del boxeo llamado Dick Covington, que no creo se niegue a ayudarnos en nuestra buena obra.

Entonces otro de los reunidos agregó :

— Pero según yo tengo entendido, ese joven no puede boxear porque su novia se lo tiene prohibido bajo pena de romper sus relaciones para siempre.

— Yo creo que lograremos convencerle. Poniendo a Dick Covington frente a un boxeador profesional de primera línea no creo que quede por vender una sola localidad. Hay una expectación enorme por verle boxear después de lo mucho que de él han hablado los periódicos estos últimos días.

— Opino que lo mejor es ir a visitarle y salir de dudas. Que una comisión se entreviste con él y vea de recabar su cooperación a nuestro festival.

Así quedó acordado, y a la media hora se hallaban los de la comisión en el gimnasio particular que Dick tenía establecido en las afueras de la población.

Dick los recibió amablemente, excusándose por aparecer ante ellos en indumentaria poco social, pues se hallaba como siempre entrenándose.

Para llevar a cabo su venganza de pretendiente despreciado, Harold se había unido a la comisión para mejor poder inducir a Dick



*Dick, perdida la paciencia y a pesar del público que le rodeaba...*

que volviera a boxear en público, para que así perdiera definitivamente el aprecio de Juanita. Abrogándose la voz cantante habló Harold así :

— Venimos, querido Dick Covington, a solicitar su poderosa colaboración en una fiesta de carácter puramente benéfico que hemos organizado para una de estas próximas veladas. Se trata de un match de boxeo, y como somos sabedores de que usted no les teme a los golpes, solicitamos se preste a enfrentarse con un «as» del profesionalismo, para ante el anuncio de un combate serio, acuda la gente y los pobrecitos niños obtengan de su generosidad un positivo beneficio.

— No puedo boxear, he prometido no hacerlo, y precisamente a cierta persona que tiene decisiva influencia sobre mi corazón y voluntad.

— Pero tenga usted en cuenta que se trata de una fiesta de beneficencia y que cada uno de sus puñetazos representa el bienestar de los niños pobres.

— Me encantaría tomar parte, pero tendrán ustedes que prescindir de mí en absoluto.

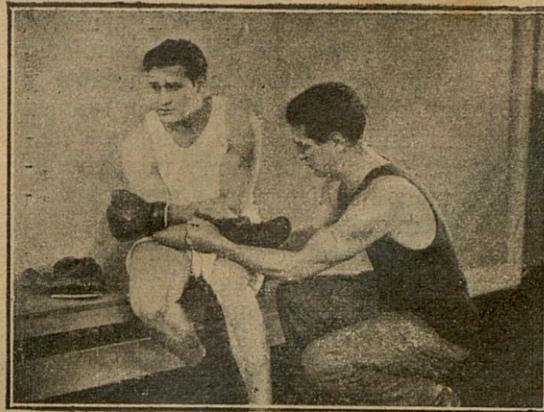
— Comprendo que ni por caridad se expone usted a recibir un golpe — agregó ironicamente Harold, para molestar con la reticencia de su frase a nuestro héroe. — ¿No es cierto que podrían hacerle a usted pupa?...

Esta pregunta, que fué coreada por los que al igual que Harold formaban parte de la comisión, hizo sonrojar de coraje a Dick, que apenas pudo contenerse, lográndolo sólo a causa de grandes esfuerzos.

— En fin, acepto otro match; y de propina otro con el primero que se crea puedé atreverse a burlarse de mí.

La frase de Dick fué acogida favorablemente por todos, aun cuando sólo unos pocos se habían dado cuenta de la mirada de cólera que se cruzó entre los dos hombres y que hizo palidecer a Harold al ver que su adversario en amores era muy distinto de como él se lo había figurado.

La comisión, en extremo complacida por la decisión de Dick, retiróse después de darle



Dick empezo su concienzudo entrenamiento...

las más rendidas gracias y comentar muy favorablemente su rasgo en favor de los melenesterosos.

Cuando se quedó sólo Dick sonrió melancólicamente y dijo :

— Ahora comprendo quién es mi verdadero enemigo ; pero nada podrá contra mí si me asiste el amor de la bella Juanita, que debe ser en este caso mi ángel de la victoria.

Momentos después llamaba por teléfono a su entrenador, diciéndole :

— Amigo mío, esta vez sí que va de veras, y según parece quieren enfrentarme con uno de los profesionales que más duro pega. Pero tengo confianza en que tú sabrás prepararme,

y por otra parte me entrenaré con la mayor fe y entusiasmo a fin de no quedar en ridículo delante de un adversario tan formidable y me acordaré de que los ojos de mi Juanita me están mirando. Prepáralo todo, que mañana empezaré en toda forma mi entrenamiento, como si me dispusiera a ganar el campeonato del mundo.

Todo estaba en orden en el gimnasio particular de Dick. Los puching balls limpios y relucientes esperando los puños, y las poleas engrasadas para facilitar los ejercicios. Allí todo respiraba confianza y orden. El que actuaba de sparring-partner era un ex boxeador de fuerte musculatura que pugnaba por atizar a su pupilo los golpes más certeros a fin de que fuera haciendo vista y aprendiendo a encajar con su estilo.

Pocos momentos duraban los combates para no fatigar con exceso a Dick, pero en ellos se ponía de manifiesto la espléndida forma en que se iba colocando el aficionado, que debía realizar dentro de unos días el más serio de sus combates. En los momentos de descanso charlaban como excelentes compañeros.

— Ya ves tú, me he negado, pero me obligan a boxear. Lo siento porque perderé el aprecio de Juanita y tendremos escenita : lloriqueos y morritos para una temporada.

— No te preocupes; yo quedo encargado de hacérselo comprender. He contratado a una celebridad para que complete los entre-

nos. Así te podrás presentar en espléndida forma.

En aquel mismo momento llegó el entrenador referido en la conversación.

— Te presento al gran entrenador de las grandes figuras del boxeo. Se llama O'Ryan. El fué quien hizo a los ases del ring o los deshizo... a los que no tenían condiciones para llegar.

— A las órdenes de usted, joven Dick. Ya sé de su valor y de sus ganas de triunfar, pero necesitá usted mucho entrenamiento, porque su rival es un hombre reputado como invencible. Voy a ponerme el maillot y quiero ver qué es lo que usted da de sí.

— No le tengo a usted miedo. Prepárese y pegue duro para que no me dé cuenta siquiera de los golpes de mi rival, que seguramente serán inferiores a los de usted.

Dick, aunque se hallaba en guardia frente a su nuevo entrenador se distraía leyendo una carta de Juanita que decía así :

« Dick : Has faltado a la promesa, y nuestras relaciones quedan rotas desde este momento. Poco aprecio me tendrás cuando por lucirte en una exhibición olvidas la pasión que por ti sentía tu triste y ofendida, JUANITA MANLEY ». »

La lectura de estas líneas causaron a Dick profunda pena; tanto, que descuidándose de parar los golpes certeros que su entrenador le dirigía se llevó una buena tanda de trompadas que por poco le cuestan ciertas averías en el físico que lo hubieran alejado doblemente del ring y de la encantadora y simpática Juanita.

Por fin el entrenador, extrañado, le dijo :  
— ¿Pero qué te pasa?  
— Déjame; no estoy para esquivar ni parar.  
— Pero si hace un momento estabas tan animoso.

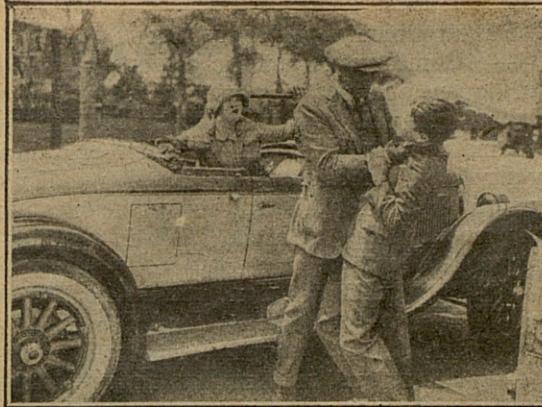
— Sí, pero lee este papel.  
— ¿Cosas del corazón, amores?  
El entrenador cogió la carta. Al leer las primeras palabras comprendió de lo que se trataba, y exclamó :

— Las mujeres y el boxeo son dos cosas contrarias completamente. El que aspire a ser el rey del mamporro debe prescindir en absoluto de los lances y aventuras en que interviene Cupido.

— Acabaré por darte la razón. Pues bien; ahora mi amor propio exige que yo venza a mi adversario, y he de olvidarme de Juanita y de sus prejuicios en contra del boxeo.

— Chócala, muchacho — dijo el entrenador.  
Y para ratificar su admiración le largó un directo que por poco le tumba.

Repuesto Dick contestóle con un formida-



*Murdering maltrató brutalmente a Benjamín*

ble crochet y empezó el entrenamiento, que más tenía apariencia de un combate en que se disputara una bolsa formidable.

La suerte estaba echada, y Dick sólo se ocuparía de ostentar el título de campeón en la velada benéfica... y Juanita que se consolara como pudiera.

No pasó por alto la joven la ofensa que para ella implicaba el que Dick no hiciera caso de sus consejos. Y claro está, Harold estaba al aviso para aprovechar la primera coyuntura para introducir cizalla entre los dos enamorados. Poco tardó en enterarse de lo que había ocurrido y empezó a hacer objeto a Juanita de una corte asidua.

Sus argumentos favoritos eran :

— ¿Cómo puede usted creer que la quiere un joven que por el capricho de exhibirse delante del público olvida que una joven que le ama se lo tiene prohibido? Esto se sabrá, y al verse desairada quedará usted en ridículo y será objeto de todas las conversaciones por el poco caso que ha hecho Dick de sus mandatos.

— En cierta forma tiene usted razón. Dick ha faltado a su promesa voluntariamente, y por lo tanto su proceder me deja en libertad.

— Así me gustan a mí las mujeres, que tengan pundonor y sepan devolver un desaire con otro desaire... Recuerde usted que yo la amo, que no puedo vivir sin usted y que deliro por obtener su amor.

Esta pregunta de Juanita demostraba claramente el cambio que se había efectuado en el corazón de la joven. Ya estaba decidida a devolver a Dick la ofensa casándose con Harold, a pesar de que no le amaba en lo más mínimo; pero una mujer que se cree despreciada es capaz de todo.

Harold creyó llegado el momento oportuno, y como no juzgaba por otra parte que se presentaría otro más favorable, la dijo dando a su vez la inflexión del más puro amor y del más emocionante sentimiento :

— Tiene usted motivos para creer en que digo la verdad. Quitese ese anillo y póngase el mío.



*Si tu rival es Murdering, pégale fuerte...*

La joven no vaciló. Quitóse el anillo que lucía y que le había regalado Dick, y púsose, no con cierto instante de vacilación, el que le ofrecía Harold.

En aquel momento Murdering, el famoso boxeador que trataban de enfrentar con Dick, era una verdadera fiera. Tenía una musculatura a prueba de un martinet hidráulico, y al decir de los profesionales era capaz de un puñetazo de partir en mil pedazos una fuerte barra de hierro. Pero siempre se exagera, y más en cuestión de valor o fuerza. Sin embargo, se entrenaba en aquellos instantes a todo gas, y dado su buen estado hacia pre-

sentir un encuentro formidable y de gran emoción.

Contestando a su entrenador que le decía apretara de firme para tener la seguridad del triunfo, decía jactanciosamente :

— No hace falta mucho entrenamiento. Y si de un golpe mato a ese pollo pera, ¿qué es lo que va a pasar?

— No lo crea usted, Muraering. Quien está bien informado dice que pega bien, tiene estilo y, además, está muy bien musculado y tiene deseos de vencer a un profesional.

— No te preocupes. Al primer golpe lo trituro y tienen que buscar sus restos con microscopio.

Pero el entrenador, lejos de reír el chiste, estaba seriamente preocupado por las referencias que tenía de Dick, y empezó a practicarle un concienzudo masaje como si se tratara de prepararle para uno de los encuentros más fuertes en que hubiera tomado parte su pupilo.

Dejemos la atmósfera de los gimnasios y campamentos de entrenamiento y corrímos a casa de Juanita, donde en aquellos momentos y al mismo tiempo que nosotros llegaba una carta.

Juanita, que se hallaba muy nerviosa por la decisión que acababa de tomar respecto a sus amores y a su porvenir, la recibió con cierta frialdad, adivinando por la letra del sobre que era de Dick.

Dudaba en abrirla porque comprendía que haría vacilar fácilmente la determinación tomada.

Pero en un gesto de decisión y orgullo femenino la abrió.

Decía así :

« Mi querida Juanita : Ya puedes suponer que lo siento muchísimo, pero me veo obligado a boxear.

Supongo que a ti también te disgustaría el que me tildasen de cobarde. Se trata de una fiesta de caridad, por lo que supongo sabrás perdonarme.

Así lo espera de tu generoso corazón, DICK ».

Juanita no podía estrujar la carta en sus manos como pretendió en un acceso de cólera. Quedó como paralizada y sólo se la oyó exclamar desesperadamente.

— ¿Por qué me ha obligado a que aceptara el amor de Harold en un instante de despecho? El es el culpable de todo.

Pero deseando distraerse ordenó preparar su auto para dar un paseo en compañía de su hermano Benjamín.

Pero estaba de Dios que Juanita tenía que prestar su conformidad al match de Dick con el famoso boxeador Murdering. A los pocos metros de casa de la joven se le atravesó el auto que guiaba Murdering y ocurrió el inevitable encontronazo. Cambiaronse algunas palabras gruesas entre Murdering y Benjamín, y el segundo, ignorando que el primero era

nada menos que un boxeador profesional, atreviéose a bajar del coche provocándole.

Pero el valor del hermano de Juanita no estaba, desgraciadamente, en consonancia con su fuerza física y fué bárbaramente golpeado por su adversario, para quien tumbarlo en tierra con la cara ensangrentada fué cosa de juego. Juanita, que contemplaba la escena, no pudo reprimir su indignación, exclamando :

— ¡Ah! ¡Si yo fuera hombre, sólo por dos minutos!...

A lo que Murdering contestó con una ruidosa carcajada.

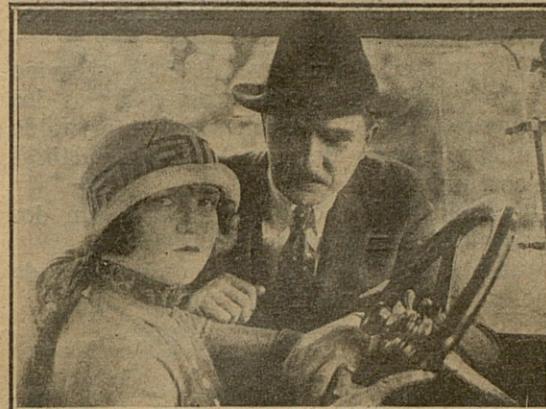
Entonces replicó Juanita :

— Sepa usted que soy la hija del juez Manley, y que a él deberá usted dar una explicación por lo ocurrido.

— Pues sepa usted, jovencita, que soy el boxeador Murdering, y que de mí necesita su padre para el combate de boxeo, de que es precisamente uno de los organizadores.

Juanita no pudo reprimir un gesto de cólera. De buena gana hubiera golpeado con sus delicadas manos las férreas mandíbulas del coloso.

De pronto una idea cruzó por su cerebro. Dick, sí, sólo Dick podría vengarla de la ofensa inferida a su hermano. Inmediatamente dirigióse a su encuentro, pues sabía, por haberle visitado en otras ocasiones, dónde estaba situado su gimnasio.



*¿Es decir que nuestras relaciones pueden darse por terminadas?...*

De pronto extrañó a Dick la presencia de Juanita, pero al ver que se dirigía hacia él con una súplica en sus ojos casi humedecidos por las lágrimas, depuso su actitud de recelo.

— ¿Qué te ocurre, Juanita, que has modificado tu opinión respecto a mí?

— Sencillamente, que mi hermano ha tenido una cuestión con el boxeador Murdering y deseo saber si realmente es éste el adversario que debe enfrentarse contigo en el match de beneficencia.

— Pues, efectivamente, este es, y te aseguro que el castigo que mil veces merece por

abusar de su fuerza, lo recibirá dentro de poco por mi propia mano.

En esto el celoso menager de Dick intervino y puso término a la conversación de los dos jóvenes (en cuyos corazones había prenoido de nuevo la llama del amor) con sus palabras de costumbre :

— Dick, el boxeo y las mujeres son dos cosas absolutamente contrarias.

Juanita despidióse de Dick con una mirada que era todo un poema de ingenuo amor.

## V

Al salir Juanita de casa se encuentra con Harold, que la dice :

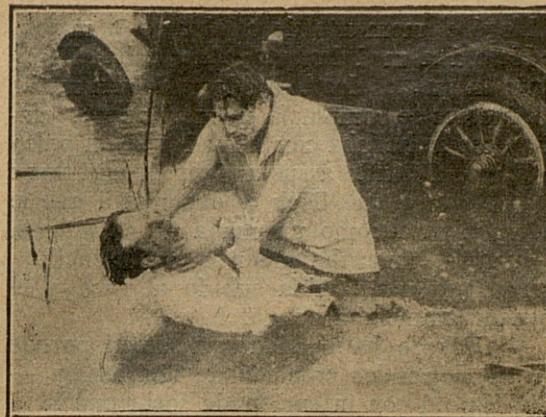
— Ya sé de dónde viene usted, señorita Manley.

— Poco me importa; ha de saber usted que de lo dicho no hay nada. Sigo convencida de que Dick es el único hombre que puede hacerme feliz.

— ¿Entonces, apenas empezado, ya ha terminado todo entre nosotros?

— Así es, en efecto — respondió secamente la joven.

Y dando gas desapareció en dirección a su casa, donde se proponía esperar las horas que faltaban para el encuentro entre el salvaje Murdering y Dick, el hombre amado por su corazón.



*Hizo confesar a uno de sus secuestradores que todo era obra de Harold*

Pero Harold, de carácter rastlero, cobarde y vengativo, no se dió por vencido y se puso a preparar un plan para hacer fracasar el encuentro entre su rival y el famoso Murdering.

Para ello dirigióse a una de las tabernas de peor reputación y reclutó cuatro canallas dispuestos a todo si se les ofrecía dinero. De acuerdo con ellos y siempre obrando con la mayor traición y cobardía lograron, por medio de un falso mensaje de Juanita, que Dick cayera en una trampa y quedara secuestrado e imposibilitado por lo tanto para poder presentarse en el ring. Allí transcurrió toda la tarde.

Llegó el momento de celebrarse el match, y Harold a medida que se acercaba el instante en que los dos boxeadores debían medir sus fuerzas se complacía en mortificar a Juanita, que se hallaba con su padre en un palco próximo, diciendo a sus amigos en alta voz :

— No creo que Dick se exponga a que le dejen la cara como un mapa de carreteras.

Juanita empezaba a sentir impaciencia.

Ya Murdering había subido al ring, y el speaker anunciaba el match.

— Dick se ha quedado en casita porque allí no llegan los crochets de Murdering. — dijo Harold con intencionada socarronería.

Pero no bien hubo terminado su injuriosa frase cuando de un salto Dick se plantó en mitad del ring, anunciando su presencia. Se le concedió tiempo para que se pusiera el mallot de luchador y empezó el match, que fué de corta duración. Dick pegaba como una tromba y su furia aumentada por la cólera que sentía le dió la victoria entre una ovación formidable.

Entonces ocurrió una cosa muy graciosa : Dick, después de dejar sin sentido a Murdering la emprendió a golpes con el cobarde Harold.

Pronto se supo el por qué de este segundo match. Al evadirse de su encierro, Dick habíales obligado a dos de los secuaces de Harold a que le confesaran que obraban por orden del cobarde y desairado pretendiente de la bella Juanita.

Después de su ruidoso triunfo, Dick, estre-

chando entre sus brazos a Juanita, dijo con infinita alegría :

— Ahora sí que me retiro del boxeo. Las peleas en casa... después de casaditos. Y si hay golpes que los reciba la vajilla.

Y sonó un fuerte beso, mientras Harold corría a la farmacia más próxima y el buen juez Manley, padre de Juanita, sonreía pensando ya en sus traviesos nietos...

FIN



# BIBLIOTECA ENCANTO

---

---

## TOMOS PUBLICADOS

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA  
por Clovis Eimeric
- 2 AMOR QUE NO MUERE  
Traducción por Ricardo Prieto
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?  
por Clovis Eimeric
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR  
por Antonio Guardiola
- 5 EL HEROICO DON JUAN  
por Clovis Eimeric
- 6 CORAZÓN DORMIDO  
por Ricardo Prieto
- 7 ZAPATO QUE YO MÉ QUITO...  
por Clovis Eimeric
- 8 AGUA MANSA  
por Ricardo Prieto
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO  
por Clovis Eimeric
- 10 CORAZONES UNIDOS  
por Pedro Nimio

**PRECIO: 60 CÉNTIMOS**